

Había una vez un niño y tres cabritos

Efraín Subero

I
Lo encontré más allá de los suburbios. Trepado sobre el cerro donde el pueblo ya ha perdido su nombre. Había dejado atrás los últimos jardines humillados por el límite crucial del envase de lata. Los sombreados patios de las casas donde las amapolas defienden a todo trance su pureza. Las empalizadas donde la celedonia –muy señora, muy reina– despoja sus hojas de todo poder de curación si antes de arrancarlas no se le dan los “buenos días”, se le explica el motivo y se le pide permiso respetuosamente. Caminaba por entre carcanapires y túatúas, que esperan hasta Viernes Santo para mirar, aunque solo sea por un día, el rostro del Señor. Por entre retamas que siempre reniegan de sus cabellos. Deseaba llegar cuanto antes al sitio donde siempre está un gigante viejo desde cuyas espaldas uno puede mirar hasta la última calle del pueblo que amistosamente estrecha la mano del camino real. Y mucho más allá, hasta donde permite el horizonte, que con tanto rigor, guarda el secreto de la lejanía. Entonces, sobre el sollozo del abrojo, por detrás de un cardón que abría sus yaguareyes para un turpial enfermo, lo vi. Todavía era muy niño. Tendría el tamaño exacto de ocho veces mi mano. Su sombrero, arañado por la uña de los juncos, quería irse hacia atrás. Y la raíz fibrosa de su cabello negro, recibía los lamidos fugaces del sol y los aromas. Su ombligo, como un ocre lucero, apuntaba desde su estómago, al que no alcanzaba a cubrir por completo la corta camisa de dril azulado. Y los pies se le escapaban aprisa por las heridas redondas de unos viejísimos pantalones oscuros. En la mano derecha una varilla larga con la cual deshacía el misterio de las cuevas y terminaba con el reinado de los piquiñeyes.

Y nada más, su andar. Su humanidad, tan larga, como el tamaño exacto de ocho veces mis manos. Me le acerqué despacio, inventándole un nombre (tres cabritos veloces delante de sus pasos, se distraían, tirándole puntapiés a la brisa). —¡Pastor! –grité. El nombre se metió en el silencio. El niño como un árbol se detuvo entre el viento. —¿Quieres venir con mis canciones? Los cabritos buscaron el abrigo de su acostada sombra. Lejos estaba el pueblo. Un perro viejo y ronco lanzándole ladridos a una luna sin luz. La huella de un turpial. El temor de una hoja extraviada en el viento. Lejos estaba el pueblo.

II
Alguien con mano trémula... Hoy fallecieron los tres cabritos. Quedaron con las paticas vueltas hacia arriba, como casitas mínimas en escombros. El niño lloró desconsoladamente, y se secó su llanto con el sucio brazo derecho de la camisa de dril y con el viento. Cuando fue la mañana formamos una caravana silenciosa. Trepamos por el cerro hasta el sitio preciso donde habían dado locos puntapiés a la brisa. Lejos del pueblo. Del viejo perro, que sin voz ya, continuaba lanzándole gemidos a una luna, sin luz. Lejos de la huella perdida del turpial. Del temor de la hoja extraviada en el viento.

III
Diciembre. Pastor con mano trémula: Mi querido Niño Jesús....

Fin

De *Matarile* (1967).



EL AUTOR

Efraín Subero

(Pampatar, estado Nueva Esparta, 1931- Caracas, 2007). Especialista en literatura infantil como investigador y escritor, además de compilador de antologías, periodista, profesor y folklorista. Perteneció a la Academia de la Lengua y obtuvo, entre otros, el Premio Nacional de Ensayo Ramón Díaz Sánchez, el Premio Municipal de Literatura (Caracas) y el Premio Municipal de Periodismo (Distrito Sucre, estado Miranda). Algunas de sus obras son *Estancia del amor iluminado* (1956), *La décima popular en Venezuela* (1964), *Poesía margariteña* (1967), *Poesía infantil venezolana* (1967) y *Poesía popular venezolana* (1967).



Restos del carnaval

No, no del último carnaval. Pero este, no sé por qué, me transportó a mi infancia y a los miércoles de ceniza en las calles muertas donde revoloteaban despojos de serpentina y confeti. Una que otra beata, con la cabeza cubierta por un velo, iba a la iglesia, atravesando la calle tan extremadamente vacía que sigue al carnaval. Hasta que llegase el próximo año. Y cuando se acercaba la fiesta, ¿cómo explicar la agitación íntima que me invadía? Como si al fin el mundo, de retoño que era, se abriese en gran rosa escarlata. Como si las calles y las plazas de Recife explicasen al fin para qué las habían construido. Como si voces humanas cantasen finalmente la capacidad de placer que se mantenía secreta en mí. El carnaval era mío, mío.

En la realidad, sin embargo, yo poco participaba. Nunca había ido a un baile infantil, nunca me habían disfrazado. En compensación me dejaban quedar hasta las once de la noche en la puerta, al pie de la escalera del departamento de dos pisos, donde vivíamos, mirando ávidamente cómo se divertían los demás. Dos cosas preciosas conseguía yo entonces, y las economizaba con avaricia para que me durasen los tres días: un atomizador de perfume, y una bolsa de confeti. Ah, se está poniendo difícil escribir. Porque siento cómo se me va a ensombrecer el corazón al constatar que, aun incorporándome tan poco a la alegría, tan sedienta estaba yo que en un abrir y cerrar de ojos me transformaba en una niña feliz.

¿Y las máscaras? Tenía miedo, pero era un miedo vital y necesario porque coincidía con la sospecha más profunda de que también el rostro humano era una especie de máscara. Si un enmascarado hablaba conmigo en la puerta al pie de la escalera, de pronto yo entraba en contacto indispensable con mi mundo interior, que no estaba hecho solo de duendes y príncipes encantados, sino de personas con su propio misterio. Hasta el susto que me daban los enmascarados era, pues, esencial para mí.

No me disfrazaban: en medio de las preocupaciones por la enfermedad de mi madre, a nadie en la casa se le pasaba por la cabeza el carnaval de la pequeña. Pero yo le pedía a una de mis hermanas que me rizara esos cabellos lacios que tanto disgusto me causaban, y al menos durante tres días al año podía jactarme de tener cabellos rizados. En esos tres días, además, mi hermana complacía mi intenso sueño de ser muchacha –yo apenas podía con las ganas

de salir de una infancia vulnerable– y me pintaba la boca con pintalabios muy fuerte pasándome el colorete también por las mejillas. Entonces me sentía bonita y femenina, escapaba de la niñez.

Pero hubo un carnaval diferente a los otros. Tan milagroso que yo no lograba creer que me fuese dado tanto; yo, que ya había aprendido a pedir poco. Ocurrió que la madre de una amiga mía había resuelto disfrazar a la hija, y en el figurín el nombre del disfraz era Rosa. Por lo tanto, había comprado hojas y hojas de papel crepé de color rosa, con las cuales, supongo, pretendía imitar los pétalos de una flor. Boquiabierto, yo veía cómo el disfraz iba cobrando forma y creándose poco a poco. Aunque el papel crepé no se pareciera ni de lejos a los pétalos, yo pensaba seriamente que era uno de los disfraces más bonitos que había visto jamás.

Fue entonces cuando, por simple casualidad, sucedió lo inesperado: sobró papel crepé, y mucho. Y la mamá de mi amiga –respondiendo tal vez a mi muda llamada, a mi muda envidia desesperada, o por pura bondad, ya que sobraba papel– decidió hacer para mí también un disfraz de rosa con el material sobrante. Aquel carnaval, pues, yo iba a conseguir por primera vez en la vida lo que siempre había querido: iba a ser otra aunque no yo misma.

Ya los preparativos me atontaban de felicidad. Nunca me había sentido tan ocupada: minuciosamente calculábamos todo con mi amiga, debajo del disfraz nos pondríamos un fondo de manera que, si llovía y el disfraz llegaba

a derretirse, por lo menos quedaríamos vestidas hasta cierto punto. (Ante la sola idea de que una lluvia repentina nos dejase, con nuestros pudores femeninos de ocho años, con el fondo en plena calle, nos moríamos de vergüenza; pero no: ¡Dios iba a ayudarnos! ¡No llovería!). En cuanto a que mi disfraz solo existiera gracias a las sobras de otro, tragué con algún dolor mi orgullo, que siempre había sido feroz, y acepté humildemente lo que el destino me daba de limosna. ¿Pero por qué justamente aquel carnaval, el único de disfraz, tuvo que ser melancólico? El domingo me pusieron los tubos en el pelo por la mañana temprano para que en la tarde los rizos estuvieran firmes. Pero tal era la ansiedad que los minutos no pasaban. ¡Al fin, al fin! Dieron las tres de la tarde: con cui-

dado, para no rasgar el papel, me vestí de rosa. Muchas cosas peores que me pasaron ya las he perdonado. Esta, sin embargo, no puedo entenderla ni siquiera hoy: ¿es irracional el juego de dados de un destino? Es despiadado. Cuando ya estaba vestida de papel crepé todo armado, todavía con los tubos puestos y sin pintalabios ni colorete, de pronto la salud de mi madre empeoró mucho, en casa se produjo un alboroto repentino y me mandaron en seguida a comprar una medicina a la farmacia. Yo fui corriendo vestida de rosa –pero el rostro no llevaba aún la máscara de muchacha que debía cubrir la expuesta vida infantil–, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentina, confeti y gritos de carnaval. La alegría de los otros me



Clarice Lispector

sorprendía. Cuando horas después en casa se calmó la atmósfera, mi hermana me pintó y me peinó. Pero algo había muerto en mí. Y, como en las historias que había leído, donde las hadas encantaban y desencantaban a las personas, a mí me habían desencantado: ya no era una rosa, había vuelto a ser una simple niña. Bajé la calle; de pie allí no era ya una flor sino un pensativo payaso de labios encarnados. A veces, en mi hambre de sentir el éxtasis, empezaba a ponerme alegre, pero con remordimiento me acordaba del grave estado de mi madre y volvía a morirme. Solo horas después llegó la salvación. Y si me apresuré a aferrarme a ella fue por lo mucho que necesitaba salvarme. Un chico de doce años, que para mí ya era un muchacho, ese chico muy guapo se paró frente a mí y con una mezcla de cariño, grosería, broma y sensualidad me cubrió el pelo, ya lacio, de confeti: por un instante permanecimos enfrentados, sonriendo, sin hablar. Y entonces yo, mujercita de ocho años, consideré durante el resto de la noche que al fin alguien me había reconocido; era, sí, una rosa.

Fin

De *Felicidad clandestina* (1971).

LA AUTORA

Clarice Lispector (Chechelnik, Ucrania, 1920 - Río de Janeiro, Brasil, 1977). Periodista, reportera, traductora y escritora de novelas, cuentos, libros infantiles

y poemas ucraniana-brasileña de origen judío. Considerada una de las escritoras brasileñas más importantes del siglo XX. De su obra destacan *La mujer que mató a los peces* (1968), *Un aprendizaje o el libro de los placeres* (1973), *Agua Viva* (1973), *Lazos de familia* (1960), *El viacrucis del cuerpo* (1974), *Dónde estuve anoche* (1974) y *La hora de la estrella* (1977), su última novela, que fue llevada al cine en 1985.



Historia sintética de un traje *tailleur*

Alfonsina Storni

Cierta mañana la epidermis de una oveja empezó a esponjarse en immaculados vellosos.

Poesía pura, pues, es mi abolengo, si bien a través de máquinas, tintas, tijeras y agujas haya perdido mi condición primitiva, para convertirme en un elegante traje *tailleur*.

Catalogado, marcado a precio fijo, me colgaran en dos brazos de madera, y viví apretujado entre otros vestidos unos cuantos días. Pronto empezaron a sacarme con frecuencia de mi encierro.

Cuando lo hacían escuchaba voces femeninas y pasaba a cubrir brazos perfumados y tibios.

Un buen día me arrollaron, me envolvieron, me ataron, y fui transportado a través de la ciudad.

Cuando me vi libre de mi incómodo encierro, fui colgado nuevamente en dos brazos de madera, y me dieron por habitación un ropero muy mono, donde me decidí a continuar aburriéndome.

Al día siguiente de mi encierro vi que, frente a un espejo, una dulce mujercita rubia se cubría conmigo.

Yo me sentí feliz porque tuve la intuición (los trajes son muy perspicaces) de que me echaría a correr mundo y podría ver muchas cosas interesantes.

Cuando yo era pequeño y vivía adherido a la epidermis de una oveja, oí decir a un pájaro que no conocía cosa más curiosa que el género humano.

Este pájaro (como todos los pájaros) se reía de los hombres que era un portento; por eso cuando me vi sobre una representante de aquel, me sentí profundamente alegre y me dispuse a no perder ninguna enseñanza.

Con esta dulce mujercita rubia yo no aprendí casi nada; salía conmigo, por las mañanas, a hacer compras, nada más, y nada me fue revelado en las frases que en esa tarea le oía.

Después se me encerraba en el ropero y todas mis observaciones quedaban vedadas.

Sin embargo, aprendí con ella cosas interesantes, sobre el alfiler.

Có; pude observar que el alfiler es una cosa aguda como una lengua, liviana, reemplazable, barata, abundante.

El alfiler cambia un pliegue sin alterarlo, acorta un vestido sin cortarlo, cubre momentáneamente un imperfecto irremediable.

El alfiler cose sin coser, arregla sin arre-



glar, ata sin atar; el alfiler es una cosa de quita y pon, según el momento y la oportunidad; según la hora y el tiempo. El alfiler se hunde en el tejido sin dejar señales de ello... No hay cosa más irresponsable que un alfiler; su hermana la aguja, es mucho más seria; deja puntada, y sobre todo nudo; me detengo en ello porque yo soy hijo de la puntada y la conozco bien; en cambio soy apenas hijastro del alfiler, ya que este me toma y me deja, me ajusta y afloja con verdadera impiedad.

He pensado alguna vez si mi primera dueña, aquella dulce mujercita rubia, se parecería en algo a los alfileres, pues los tenía en abundancia y parecía amarlos; pero no pude darme una respuesta, pues a poco tiempo de tenerme experimenté los honores de la imprenta y, bajo dos discretas iniciales, fui puesto en venta, en la sección "señoras" de un gran diario.

De las manos de aquella dulce criatura pasé a otras no menos blancas si bien algo más descuidadas.

Desde el momento que estuve en ellas empezaron a darme un fuerte traque-teo: cargaban conmigo a la mañana y no me abandonaban hasta la noche, sino uno que otro día a la semana, sobre todo los domingos, en que sufría las torturas de la plancha y la bencina.

Andaba en tranvía cuatro veces por día y en las conversaciones que allí escuché, hubo de cerciorarme de que los pájaros tenían razón al hallar sumamente curioso al género humano.

Desde el primer momento noté en mi nueva dueña una cosa a la que no estaba acostumbrado; su resistencia a sujetarme con alfileres.

Una noche entera me tuvo cosiéndome y descosiéndome broches, hasta no necesitar de un solo alfiler.

Mi curiosidad quedó picada y resolví atisbar en sus conversaciones el porqué de esta resistencia.

Una vez oí decirle a una niña que debió ser su hija, pues la llamaba mami: "Desde que tu papacito murió, no me queda tiempo para entretenerme con alfileres para prender cosas que han de retirarse luego, como una flor, por ejemplo, pero cuidadito conquie vuelva a encontrarse un alfiler en una enagua".

Sin bien los trajes suelen ser perspicaces, no logré entender del todo estas palabras; pero me conformé pensando en la opinión que los pájaros tienen de los hombres.

En compañía de esta señora observé cosas muy raras: como un traje ve por los cuatro costados, hube de notar que mi dueña provocaba a su espalda sonrisas indefinidas.

Una vez oí decir: "¡Viuda y de treinta años!"

Otra vez escuché: "Regresa a su casa a las nueve de la noche".

VIENE DE LA PÁG 3

Mi dueña tenía una singular manía: y era un movimiento de cabeza de derecha a izquierda; observé que los comentarios se producían sistemáticamente después de aquel movimiento.

Como tampoco esto lo entendiera bien, resolví requerir, una vez que estaba en una plaza, la opinión de un pájaro, pero este, despistado acaso por los movimientos febriles a que yo había sido sometido, no reconoció el vellón de lana de su amiga, la oveja, y se alejó de mí en un desprecioso silencio.

He de confesar que fui presa de profunda tristeza al lado de esta mujer: lloraba con frecuencia y apretaba sobre su pecho dos cabezas rubias de las cuales me quedaban adheridos cabellos.

A los dos años de usarme fui descosido, cortado y rehecho de nuevo, y me encontré vistiéndolo a una adorable chiquilina...

Esta es la época más feliz de mi historia. Los trajes son sensibles a la inocencia, como nadie puede figurárselo.

Cerca del corazón sin dobleces, los trajes sienten deseos de ser la virtud misma para hacer la inocencia incorruptible.

Correteando con la niña, muchas veces, por los campos, he encontrado a las blancas ovejitas y he mirado el cielo azul como cuando vivía adherido a su epidermis...

Lo único que me apenaba en aquella época era ver que cada día resultaba más estrecho para mí poseedora, que crecía de manera extraordinaria. Un día no pudo ya usarme...Lo sentí mucho, porque me había acostumbrado a quererla y a tenerle piedad. ¡Era tan inocente y tan bella!...Y cómo recordaba yo las sonrisas indefinidas...las conversaciones de los tranvías...

Desde que la niña me abandonó, además, se intensificó mi decadencia; partido en pedazos, deshinchado, viejo, he ido pasando poco a poco, al cajón de la basura.

Ahora me encuentro entre montones de desperdicios: a veces un papel escrito me hace compañía y entonces me entretengo recordando a los hombres...algunos pedazos míos se han podrido del todo en la tierra y vuelven a entenderse con los pájaros sosteniendo animadas discusiones sobre el género humano; pero los pájaros no quieren cambiar de opinión.

Fin

De *Historias de guardarropa*. Selección, prólogo y notas por Graciela Gliemmo. Editorial Planeta, Argentina, 2010. Cuento publicado por primera vez en la revista *La Nota*, Buenos Aires, el 30 de mayo de 1919

LA AUTORA

Alfonsina Storni

(Suiza italiana, Suiza, 1892-Buenos Aires, Argentina, 1919). Se residencia con sus padres en Argentina desde 1900. Ejerció la docencia durante muchos años. En 1916

apareció su primer libro de poesía: *La inquietud del rosal* (1916), al que seguirán los títulos *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919), *Languidez* (1920), *Ocre* (1925) *Mundo de siete pozos* (1934), y *Mascarilla y trébol* (1934).

Además fue autora teatral, narradora y escribía para varios medios de prensa de la época.



La piedra

Oscar Pérez Cristancho

La piedra estaba triste porque era una piedra triste: gris, de volumen mediocre, sin nada brillante que la distinguiera: ni una cara sonrosada ni vetas amarillas ni reflejos azules

que hacen tan bonitas a las piedras de allá arriba; tan solo unas franjas blancuzcas inclinadas, como una bicolor banda presidencial en el pecho de un importante personaje; y aunque casi nadie percibía a primera vista su distintivo, ella se presentaba diferente, especial en lo más profundo de sí, y se esforzaba en mantener la posición en la que la banda caía, o se elevaba, en diagonal.

Además, como llevaba muchísimos siglos en la falda de una colina y se aburría de la ladera de

enfrente poblada apenas por tártagos y yagrumos, y del riachuelo que treinta metros abajo discurría casi todo el tiempo con el mismo rumor, decidió viajar.

Es sabido por todos, que el principal medio de transporte de las piedras es el acuático, fluvial, para ser más precisos; y por eso la piedra empezó a rogarle al señor de la lluvia para que desatase el más intenso y pertinaz aguacero, y como estos dioses son sensibles a las oraciones de ellas, no tardó en complacerla y convertir el suelo en una masa líquida, dejándola rodar jubilosa y precipitarse en el tumultuoso estrépito que hacen los ríos cuando llevan piedras viajeras, que, con su atolondrada alegría, sobre todo de noche, meten miedo a los bucares, cedros y samanes que crecen en sus márgenes y a los hombres que construyen en sus riberas.

Cuando el sol salió, la piedra se hallaba arriba en el centro de una roca amarilla, plana y alta, en medio de un espacio cubierto de arena y muchas clases de piedras de múltiples tamaños y diferentes colores. Estaba orgullosa allí en lo más alto, con sus franjas blanquecinas mirando hacia el este. Pero ocurría que este espacio pertenecía al primer meandro que el río dibujaba en la tierra llana –pues ahora se hallaba en un río formado por los diferentes caudales de las montañas– y que era donde también se juntaban los jóvenes de los pueblos vecinos para nadar y tomar sol y exhibirse y enamorarse.

A la roca amarilla que había elegido la piedra como pedestal, la usaban los muchachos para saltar a zambullidas y para que las muchachas los vieran y subieran allí a dorarse con ellos. Así que alguien que quería echar un cuento la utilizó para sentarse y debió arrimarla para no dar la espalda, que es mala educación; y luego la movieron otros a quienes les estorbaba la vista; hasta que la empujaron con los pies y cayó sobre otras piedras, y como cuando ellas bajan en cambote, haciendo estruendo y asustando árboles y gente, se juegan entre sí bromas



pesadas y las más grandes aplastan a las más pequeñas, como en casi todos los órdenes de la creación, nuestra piedra hubo de estar sentada, porque apenas chocó abajo con otra piedra tan dura como ella, se abrió por la mitad como si fuera una ostra, dejando ver la estrella que había en su interior.

Primero la pasearon en un camión, haciendo crujir de envidia a las demás piedras; luego la llevaron en auto a una universidad y después en avión a otra, y como ellas se comunican a través de un sistema especial que tienen y que equivale a la telepatía nuestra, todas estuvieron de acuerdo en que es muy difícil que otra piedra común y corriente llegue de nuevo a esas alturas.

Los científicos dijeron que el fruto de su vientre era una equinoderma fósil de unos ciento cincuenta millones de años, o sea, ciento cuarenta y nueve millones y pico más vieja que Adán y Eva.

Pero ahora, fragmentada y encerrada en una caja de vidrio, de una pequeña sala de museo, ya se cansó de las mismas miradas y los comentarios de los visitantes y quiere irse a donde haya sol y lluvia y viento, y no hace sino llorar; las demás piedras que la oyen se compadecen y concluyen que más le hubiera valido quedarse quietecita allá en el cerro.

Fin

De *Casualidades de la vida*. Editorial Leander, C.A., 2013.

EL AUTOR

Oscar Pérez Cristancho

(Trujillo, Venezuela, 1948). Estudió Letras e Historia en la Universidad de Los Andes (1969-1974), estudios que abandonó para dedicarse al activismo político. Ha sido proyeccionista de cine, agricultor, entrenador de ajedrez, docente, librero, panadero, diputado a la Asamblea Nacional del 2000 al 2010. Entre sus obras publicó una novela histórica, *Estos comuneros, estas comuneras*, inspirada en la rebelión de los comuneros de El Socorro, corregimiento del Virreinato de la Nueva Granada.

